

**Sr. Marcio Veloz Maggiolo**  
**Semblanza del Galardonado**

Me corresponde esta noche hacer una difícil presentación. La persona que ha obtenido este año el Premio Nacional de Literatura que patrocinan la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Cultura, es Carlos Esteban Deive González; su ingente obra cultural y literaria es tan abarcadora que se precisan largas páginas para entender cómo la misma ha repercutido sobre la vida dominicana, puesto que el ganador es uno de los escritores de más rica trayectoria en las letras y la investigación científica de la vida cultural dominicana y gran parte del Caribe.

Carlos Esteban Deive nació en Sarriá, hace 65 años. Respiró por pocos años en el aire de aquel pueblo pequeño y amable de Galicia, porque muy temprano, apenas bachiller graduado en 1954, el mar le marcó rutas familiares muy extrañas, puesto que, salido de su tierra en busca de una América proverbial y rica, debió tocar Santo Domingo para accidentalmente no llegar jamás a La Guaira, Venezuela, donde unos familiares le acogerían. Se diría que Carlos encalló en este mundo al que de inmediato se adaptó, quedando definitivamente dominicanizado. De modo que Deive quizás hubiese sido un escritor venezolano, puesto que trata bajo el bazo una vocación intelectual que lo obligaría a expresarse dentro de las letras como un notable maestro del idioma. Carlos se quedó en la entonces ciudad Trujillo, y en los finales de los años 50 nos conocimos en la entonces Universidad de Santo Domingo, donde cursábamos la licenciatura en Filosofía, y hablábamos de las últimas novelas publicadas, y de su pasión por la lectura. Carlos siempre ha sido un lector feroz, y lee de todo.

De esos años me viene el recuerdo de nuestras discusiones en la cafetería Jai Alai, en La Cafetera, entonces hervidero de ideas, y espacio de los jóvenes y los viejos para confrontaciones y discusiones a veces agrias, en las que no faltaba otro Premio Nacional ya desaparecido, el maestro Antonio Fernández Spencer, cuyo amor por la filosofía nos hacía adentrarnos en mundos diferentes de la propia literatura, y cuya biblioteca amplia y completa, nos nutría de día y de noche. En esos años

finales de los cincuenta Deive inició el acopio de importantes datos sobre la novela contemporánea y las tendencias de la misma. El sorpresivo libro titulado “Tendencias de la Novela Contemporánea”, publicado por la colección Arquero, que dirigía Spencer, tiene paralelos en estudios como los de Max Henríquez Ureña, cuyo “Panoramas” históricos de la literatura cubana y dominicana, señalaban el conocimiento de amplios aspectos literarios de la literatura caribeña. Deive lograba con su “Tendencias de la Novela Contemporánea”, publicada en 1963, el Premio Nacional de Ensayo. Era un recorrido erudito sobre la novelística mundial del momento, y el estudio revelaba los pasos iniciales de un crítico literario con grandes conocimientos de la literatura universal. El libro no ha sido reeditado, como ha acontecido con muchas obras dominicanas.

Vale decir que Carlos fue importante redactor del diario El Caribe, y que al muy poco tiempo de su llegada a Santo Domingo rechazaba ya la dictadura de Trujillo. Ambos, él corrector de estilo, yo corrector de pruebas, esperábamos con ansiedad los cables del teletipo del diario “El Caribe” en el año tortuoso de 1959, época en la que Guido Gil ya asomaba como un enemigo fundamental de la dictadura, y Bernardo Bergés Peña, el notable publicista y entonces pruebero de los linotipos en aquellos años jóvenes, nos traía ocultamente las noticias que en el teletipo eran censuradas. Durante 1959 Deive y yo estrechamos una amistad que tenía sus raíces fundamentales en el amor por la lectura, en la discusión, en el ansia de crear, y en las posiciones políticas. Podría hablar largamente de esa época amarga.

En estos aprestos, y perdonen ustedes tanta historia, no dejaba de estar presente el escritor Ramón Emilio Reyes, cuya novela El Testimonio, conjuntamente con “El Buen Ladrón”, de mi autoría, y María Magdalena, de Carlos Esteban de Deive, completaba una trilogía de la novela bíblica que había comenzado hacia el año de 1960, con notables influencias de escritores de tema bíblico, como par Lagerkvist, Solem Asch, Roger van Aerde, y otros menos bíblicos pero ligados al pensamiento cristiano como lo eran Bruce Marshall y Julien Green, pero con contrapartidas como las de Albert Camus y el Sartre de “La Náusea” y la novela existencial de Sarraute, Butor y Robbe-Grillet, entre otros.

Desde sus primeros días de redactor, se descarría su prosa pulcra y diáfana en este escritor dominicano. El entonces jefe de redacción (cuyo nombre me guardo por respeto a su memoria) decía que Deive escribía para españoles; no asimilaba que el intelectual que había en Deive pudiera expresarse en la prosa periodística como el artista se expresa en una obra literaria. Desde luego aquel amigo no conocía a Azorín, al Baroja de los diarios o al filósofo Ortega y Gasset, pensador cotidiano de la prensa de su época.

En 1966 publica su tercer libro, y todavía anda por los caminos de la creación literaria, los que nunca abandonará. Se trata de Museo de Diablos, un volumen de cuentos de sólo 113 páginas que se agotó rápidamente y que tampoco se ha vuelto a publicar, y que es uno de los libros más bellos de la literatura dominicana. Son cuentos sobre la vida de las brujas, sobre los misterios de un más allá que Deive trae desde la Edad Media hasta el mundo de nuestras vivencias. La obra inmediatamente, casi sin que el público dominicano la apreciase, fue traducida al francés y publicada en Bélgica, con un agregado de cuentos aún inéditos en castellano, que le hizo alcanzar las 249 páginas. Uno de mis afanes ha sido que Carlos traduzca esos cuentos y los publique todos en castellano. Desgraciadamente Carlos no vuelve la cara atrás, y parecería que su obra literaria es una huella en el camino que no retoma, porque desea hollar permanentemente de cara hacia un futuro de creaciones que es, prácticamente indetenible.

En lo literario Deive pasó, diría que, de manera provisional, de la novela y el cuento al teatro. Anotó durante años el habla dominicana, preparó datos para nuevas novelas, recuperó numerosas fuentes que le convertirían en un antropólogo, que siendo un Doctor en Filosofía, cambió de camino hacia el estudio sociológico e histórico de la vida dominicana, abriendo rutas que desembocaron en obras fundamentales para nuestro país por su aporte al conocimiento de nosotros mismos, obras que enriquecen la concepción de nuestras propias identidades. Será difícil encontrar un autor nacional cuya obra esté más llena de aportes a la vida dominicana, que la de Carlos Esteban Deive. Vale decir Carlos fue desde siempre un académico, un profesor destacado, un conspicuo asistente a

cursos nacionales e internacionales sobre la antropología social, disciplina que ha llegado a dominar siendo un notable especialista en temas caribeños; pero Deive, sin dudas, es a la vez un estudioso de la historia, pasión que un día le hizo abandonar la estabilidad económica en su país, la República Dominicana, para pasarse cuatro años en el Archivo de Indias de Sevilla, de donde rescató y puso en manos de varios volúmenes de documentos que esperan, en parte, un uso que justifique los esfuerzos que hiciera el Banco Central de la República Dominicana, cuando el entonces gobernador, licenciado Bernardo Vega ofreciera la beca con la que Deive consiguió rescatar importantes informaciones para la historia dominicana. El muchacho, flaco, recatado y silencioso que conocí en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo, guardaba secretos e inquietudes que me hicieron apreciarlos, y entenderlo. Todavía no es fácil para muchos entender a Carlos Esteban, su corazón sin embargo, es blando cuando cree que el otro tiene razones válidas, y si somos capaces de mostrarle con argumentos válidos sus equivocaciones.

Son más de veinte libros de Carlos Esteban Deive. Abarcan una gama de temas que no es fácil de ver repetida en una sociedad en la que los especialismos son cada vez menor. Sin hacer referencias a editoriales y fichas que alargarían esta presentación justificatoria del Premio Nacional de Literatura que se le otorga, señalo en lo literario sus obras “Tendencias de la Novela Contemporánea”, (1963); “Museo de Diablos”, (1966); traducido al francés en 1968; “El Hombre que Nunca Llegaba” (Teatro, 1971); “Diccionario de Dominicanismos” (1977); “Las Devastaciones”, Novela (1979), “La Mala Vida” (1988). Este podría denominarse el sector literario de su producción. Para mí, la novela “Las Devastaciones”, ganadora del Premio Siboney, sin quizás el galardón más claro de los años 70 en nuestro mundo cultural, podría ser considerada una de las piezas narrativas más importantes del Caribe. La maldición de las ediciones únicas acompaña ciertos libros. Deive reconstruye maravillosamente la vida de la colonia frente a las consecuencias que determinarían los contrabandos coloniales, y la presencia del primer líder de la identidad criolla, Hernando de Montoro. La reconstrucción de la sociedad colonial de principios del siglo XVII, la inmensa cantidad de datos ciertos y creados por el artista, la rehabilitación del ambiente de los contrabandistas y de

las autonomías, la ruptura del orden social colonial por una sociedad que se alejaba por cuenta propia de los dictados de la Corona, la transformación del ser humano, y la presencia de clases sociales de la metrópoli como beneficiarias del contrabando y el negocio ilícito, marcan al lector, quien no tiene otra alternativa que mirar hacia su entorno e identificar en el presente el mundo revelado en el pasado siglo XVII. En *Las Devastaciones* tenemos una imagen de Hernando Montoro, criollo nuevo enfrentado a la España de Felipe III, y apreciamos, gracias a la pluma precisa y a los datos que Deive maneja, cómo se fueron formando los estímulos de una identidad nueva que escapaba de la identidad hispánica en épocas tan tempranas como los finales del siglo XVI y los comienzos del XVII. Los temas que cito han sido temas trazados magistralmente por Deive. Pero la obra, barroca porque era barroco el período, es una formidable muestra de un uso de idioma epocal que pocos escritores pueden construir, porque para ello hace falta una cultura lingüística acendrada, y un conocimiento del idioma cocinado en grandes lecturas documentales. Creo que, si hablamos de aportes literarios de este tipo en el Caribe, como sería *“El Siglo de Las Luces”*, de Alejo Carpentier y *“En el Mar de las Lentejas”*, de Antonio Benítez Rojo, por sólo citar dos textos importantes, *“Las Devastaciones”*, de Carlos Esteban Deive ocuparían un lugar fundamental en este tipo de literatura, con tantos cultores en nuestro espacio caribeño.

La producción antropológica es fundamental en la obra total de Deive. Con *“Vodú y Magia en Santo Domingo”*, publicado en 1975, y con *“El Indio, el Negro y la Vida Tradicional Dominicana”*, sienta las bases para un estudio fundamental para entender la parte ritual de la cultura afro-dominicana, y de las manifestaciones taínas que sobrevivieron; es éste un estudio que se completa con un libro en dos volúmenes que anda a caballo entre la historia y la antropología, como lo es *“La Esclavitud del Negro en Santo Domingo”*, obra clásica, reeditada varias veces, que colocó a Deive como uno de los especialistas fundamentales sobre el tema de las culturas negras y sobre el proceso que hizo posible la llegada a América y a Santo Domingo de miles de integrantes de grupos diversos, en donde la mezcla racial y cultural se aprecia como un importante aporte a las nuevas vertientes demográficas del Caribe. Estos aspectos de su producción

intelectual comienzan a engrosarse con los datos de archivo que identifica y recoge en España. Cada libro nuevo es un aporte fundamental: “Los Cimarrones del Maniel de Neyba”, “Los Guerrilleros Negros”, “La Española y la Esclavitud de Indio”, “Tangomangos”, una obra de factura excelente que analiza las características del contrabando colonial, tema que en parte había desarrollado en “Las Devastaciones”. Los temas entrelazados en estos libros nos hablan casi sin decirlo adrede, de la vida formativa del dominicano. Deive no sólo revela, sino que analiza, y si vamos a sus otras obras históricas, tenemos que convenir en que “Heterodoxia e Inquisición en Santo Domingo”, (1983), “Los Refugiados Franceses en Santo Domingo” (1984), “La Emigraciones Dominicanas a Cuba” (1991), “Las Emigraciones Canarias a Santo Domingo” (1991), “Los Restos de Colón en Santo Domingo” (1993), y su “Recopilación Diplomática Relativa a las Colonias Españolas y Francesa de la Isla de Santo Domingo” (2000), son en su variada temática, un inmenso legado para conocer no una época, sino muchas; no un tema, sino varios, no una simple y monotónica expresión repetitiva, sino la más variada de las expresiones, en donde caben la novela, la crítica literaria, el ensayo histórico, la recopilación documental, la recopilación y el análisis folklórico, antropológico, el teatro, la interpretación documental, como acontece en su obra “La Mala Vida”, en la que usando el documento histórico, convierte en relatos de sabrosa factura y valor literario, los aspectos oscuros y olvidados del período colonial, con sus mandantes corruptos y su sociedad fermentada, completando en parte los estudios de Joaquín Marino Incháustegui, quien lo abordara documentalmente, dándonos informaciones iniciales sobre “la vida escandalosa” durante el siglo XVI dominicano.

País marcado por las migraciones y las emigraciones, esta parte de la obra de Carlos Esteban Deive constituye un aporte esencial para conocer a fondo las influencias de la migración en siglos pasados, y los vacíos que dejaran los emigrantes en momentos claves para el desarrollo de una identidad tambaleante, o para el abandono de la identidad naciente.

Muchas de las expresiones de Deive están todavía en revistas, como su estudio sobre el olivorismo, o el Glosario de afronegrismos, o Diez años de Cultura Dominicana, o el estudio sobre Fray Ramón Pané como padre de la etnografía americana, o sus profundas visiones del perjuicio racial en el folklore dominicano, o sus estudios sobre la etnografía taína, fundamentales hoy para entender la religiosidad prehistórica de las Antillas, o su trabajo con Bernardo Vega sobre topónimos vinculados a esclavos africanos, o su visión cultural del afronegrismo, o su estudio sobre las Cortes de Cádiz y los primeros intentos separatistas, o su estudio sobre la herencia africana en la cultura dominicana de nuestros días, o sus artículos sobre la abolición de la esclavitud en Santo Domingo, o su ensayo sobre los judíos, o sobre la colonización de América y los inicios de la esclavitud.

Basta con estas muestras. La obra de Deive ha sido comentada mundialmente, conocida mundialmente. Muchos de estos estudios especializados que cité al desgaire no sólo están contenidos en revistas dominicanas, sino en anuarios, publicaciones y resúmenes de libros y revistas de universidades de casi todo el mundo. Quien quiera aprender algo que vaya a las revistas y encontrará grandes sorpresas, porque son muchos los dominicanos que aparecen comentados y publicados mundialmente. Las revistas contienen el material fresco que luego aparecerá convertido en libro, con a veces años de diferencia. Si nos quedamos enterrados en la cerrazón que produce la ignorancia, son los otros los que se aprovecharán de los conocimientos salidos de nuestro país. Tengo razones para decirlo.

Carlos Esteban Deive ha ganado numerosos premios nacionales, como el de Ensayo en 1963, ya citado, el del Banco de Reservas por su obra de teatro "El Hombre que nunca llegaba", el Siboney con la novela las Devastaciones, el Premio Listín Diario por su ensayo Diez Años de Cultura Dominicana, nuevamente el Premio Nacional de Ensayo por su libro "La Esclavitud del Negro en Santo Domingo", el Premio Siboney de Ensayo por su obra "Heterodoxia e Inquisición en Santo Domingo", el Premio Alonso de Zuazo por su obra "Los Emigrados Franceses a Santo Domingo".

Ha obtenido el reconocimiento Premio de la Academia de Ciencias de la República Dominicana por la totalidad de su obra y se le ha concedido el Caonabo de Oro, por su aporte a la cultura nacional y por el conjunto de su obra literaria, histórica y antropológica.

Estaría aburriendo a este público atento y misericordioso que me escucha con tanta atención si empiezo a enumerar los congresos, mesas redondas, y reuniones nacionales en las que Deive ha participado, como si me refiero a los cargos universitarios que van desde simple profesor, hasta decano de facultades y maestro en universidades internacionales por invitación exclusiva; becas, asociaciones las paso de largo, son muchas, membresías y jurados también.

No sé si don Leopoldo Deive, con sus noventa y tres años, está presente en esta sala. De todos modos, va para él mi abrazo de siempre, abrazo a que es ritualmente anterior al que debo dar a Carlos Esteban, porque el modelo del padre siempre es fundamental para la bonhomía del hijo. Don Leopoldo sí que es de verdad un gallego desde la mañana hasta la noche. Su sopa de ajo y su sopa de pan de la cual tengo la fórmula firmada por él mismo y su amor por la tortilla del norte, que prepara magistralmente y que he probado con creces, son su material de morriña, y eso nos hace creer que esa España navegadora puede pensar en volver, pero cuando el hijo adquiere las nuevas formas de una nacionalidad que lo ha invadido y lo hace dominicano, se queda para siempre, echar raíces a través de los hijos, es un poco revivir a toda hora. Enhorabuena don Leopoldo.

Carlos, te necesitamos, porque aun los que fuimos y hemos sido tus compañeros en todo momento, nos consideramos tus alumnos. De ti hemos aprendido a ser insistentes y obcecados, gruñones y apegados al sueño que deseamos concluir, aprendimos a pelear con la historia y a vivirla, a chistar y usar el humor cuando ha sido necesario; te hemos acompañado en la recuperación de mucha memoria para entenderla como parte de nuestra identidad ahora en juego. Lo que has dicho en tus libros nos ha enriquecido a todos. De ti hemos aprendido que escribir es un desahogo y una manera de escudriñar la realidad, que la novela puede ser, como decía Antonio Fernández Spencer, hasta un método de



conocimiento y que el buen escribir puede ir atado a una manera de apreciar la realidad sin que tengamos que ruborizarnos. Contigo hemos sabido que la generosidad es un don que solo tienen aquellos que son capaces de entregar su saber sin pedir nada a cambio. El estudio es una forma de la pasión, lo has dicho en alguna ocasión y lo has dicho sobre amigos que te reconocen. Si es así, esperamos que esa pasión, forma de amar lo bueno, continúe. La vida, con todas sus fallas y afanes, es una obra maestra. Sólo que debemos aprender a manejarla, para que camine, ande y se proyecte dentro la justicia y el amor. Como artefacto inventado por la divinidad, la vida debe tener en algún lugar un manual de funcionamiento. Los intelectuales. Los intelectuales andamos en su búsqueda, y eso nos complace, porque toda búsqueda es una muestra de esperanza.

26 de febrero de 2001